

en la Argentina, se apresura a ratificarse en lo que antes había dicho. He aquí sus palabras: «Permitame añadir aún que vinculado todo eso a las declaraciones que en Valparaíso formulé sobre el movimiento militar de Chile, me ratifico en ellas; pues considerando, allá como acá, mejores a los militares que a los políticos, y no siendo yo una ni otra cosa, deseo con imparcialidad — allá como acá — el Gobierno de los mejores».

No se dirá que el señor Lugones no es explícito ni valeroso. Desgraciadamente para su peregrina teoría del Gobierno de los mejores, los chilenos, con suicida contumacia, han vuelto a llamar después al Presidente Alessandri, y tampoco es probable que los argentinos estén en vías de sustituir al Presidente Alvear por un Gobierno de los mejores, según el señor Lugones. Sordera criminal⁹ la de esos pueblos jóvenes de América, que así desoyen la voz de sus mejores profetas. Ni siquiera en los Estados Unidos, que el señor Lugones admira tanto, gobiernan ni han gobernado nunca los mejores. Ni en Francia, cuya cultura monopoliza el cerebro del señor Lugones, por lo menos las anfractuosidades no políticas. Sus amores políticos tienen, sin duda, su Dulcinea en otras regiones del planeta. No; aunque él no lo quiera reconocer, algo más que el idioma le une a nuestro país: toda una filosofía política. ¿Cómo ha podido decirse jamás que el señor Lugones era poco españolista? Incomprensión de sus acusadores. ¡Si es más español que la inmensa mayoría de los españoles! Español por la concordancia filosófica de la idea con la realidad. Merece la ciudadanía honoraria de la España presente.

Pero vengamos a su discurso de Lima, que no tiene desperdicio. Oigamos su bélico clarín «Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada. Así como ésta hizo lo único enteramente logrado que tenemos hasta ahora, y es la independencia, hará el orden necesario, implantará la jerarquía indispensable que la democracia ha malogrado hasta hoy, fatalmente derivada, porque esa es su consecuencia natural, hacia la demagogia o el socialismo... Pacifismo, colectivismo, democracia son sinónimos de la misma vacante que el destino ofrece al jefe predestinado, es decir, al hombre que manda por su derecho de mejor, con o sin la ley, porque ésta, como expresión de potencia, confúndese con su voluntad. El pacifismo no es más que el culto del miedo o una añagaza de la conquista roja, que a su vez lo define como un prejuicio burgués. La gloria y la dignidad son hijas gemelas del riesgo; y en el propio descanso de verdadero varón, yergue su oreja el león dormido».

La cita es larga, pero sabrosa, y aunque todavía hay más redobles de tambor en su discurso, basta lo transcrito para conocer el pensamiento político del señor Lugones. Ahora se explicará *El Sol* — perplejo en el editorial donde ayer comentaba la carta del escritor argentino — unas cosas, y no se explicará otras. Se explica, por ejemplo, que el señor Lugones admire a los Estados Unidos, no sólo porque en las cocinas del Plata arde hulla norteamericana, y porque en los Bancos porteños corre el dinero norteamericano, sino también, y acaso principalmente, por su política de fuerza en todo el mar Caribe, por su imperialismo, porque ejerce su «derecho de mejor, con o sin la ley»; pero no se explica que los admire como

democracia, tan digna de imitación por lo perfecta, que la Argentina ha copiado sus instituciones fundamentales, con el aplauso de nuestro contradictorio impugnador. Se explica que, en la guerra de 1914, el señor Lugones fuese ardiente campeón de los aliados, sin duda por su deuda con la cultura francesa; pero no se explica que, con una ideología política como la suya, no defendiera también a Alemania, que la presentó como ningún otro beligerante, en nombre de los mejores y de la necesidad que no reconoce ley.

Se explica que el señor Lugones repudie toda organización hispanoamericana a base de democracia, liberalismo, paz y cultura comunes, porque para él no hay más realidades que la fuerza y la patria, que no se subordinará nunca «a ninguna preocupación internacional o económica», «la patria que debe bastarse en ella misma». Y no se explica que, con una mentalidad así, fuera invitado el señor Lugones a la asamblea de cooperación intelectual celebrada el año pasado en Ginebra por la Sociedad de Naciones, ni que él aceptara esa invitación en cuya eficacia no podía creer sin ser desleal consigo mismo. Como se ve, no iba yo tan descaminado en mi artículo al atribuir la actitud del señor Lugones en materias de hispanoamericanismo a sus doctrinas sobre la dictadura.

Pero no se desconsuele *El Sol*. Las opiniones del señor Lugones, individualmente considerables, tienen escaso proselitismo en toda América. El momento psicológico e ideológico, allá como aquí, es muy otro. Nunca el sentimiento de una cultura hispánica ha sido tan profundo ni tan articulado. Basta ver las publicaciones americanas de la juventud y oír el acento de las organizaciones de estudiantes universitarios hispanoamericanos. *La Nación* misma, al reproducir el discurso del señor Lugones, se ha creído obligada a calificarlo de «ideas personalísimas, cuya divulgación desde nuestras columnas no afecta, desde luego, a las doctrinas que *La Nación* ha sostenido y seguirá sosteniendo respecto a ciertas cuestiones».

El señor Lugones guarda en su haber una obra poética valiosa y en ella reconocemos su alta jerarquía espiritual, no como cantor de la espada, de la fuerza sin ley y de los que él juzga los mejores; pero no todos los poetas han podido ser a la vez, como Milton y Shelley, grandes videntes políticos; sólo el genio intuye de igual modo la poesía y la realidad. El señor Lugones ha elaborado un raro jingoísmo o chauvinismo con tardíos resabios de Nietzsche y de nacionalistas del tipo de Barrés. A veces parece que le inquieta la sombra política de D'Annunzio; pero sus palabras traducen más bien un eco de las que Marinetti pronunció recientemente en Roma. Fascismo. Futurismo... Esplenéticos pasatiempos intelectuales.

Me queda por examinar la afirmación de que «la organización del pensamiento hispanoamericano es una frase perfectamente vacía». Aunque creo haberla llenado con muchos artículos, añadiré aún el próximo, porque éste se ha llevado ya demasiado espacio con el lineamiento de las ideas políticas del señor Lugones, que era necesario dar a conocer en España.

LUIS ARAQUISTAIN